



La literatura es cosa seria



Ilustración: Franz Xaver Simm, *Katalog der Münchener Jahresausstellung von Kunstwerken aller Nationen im königl. 1889*

José Manuel Ríos

SOY TODO LO CONTRARIO A AURORA, MI RUMI. Ella se levanta todos los días a las ocho de la mañana para repasar su griego o su latín como si fuera al gimnasio. Después se la pasa leyendo o escribiendo o pensando en lo que leyó o en lo que va a escribir. Cuando se toma un descanso, prende un cigarro y se queja amargamente de que nunca ganará un concurso literario porque no tiene palancas y porque es mujer. Yo, en cambio, siempre procuro levantarme lo más tarde posible; cuando despierto me dedico a ver series de televisión, a actualizar mi Facebook o a jugar *Plantas vs zombies*. Algún tiempo también quise ser escritor, pero no tengo ni la *techné* ni, mucho menos, la *poiesis*. Mi talento se limitó a un cuento y nada más.

Una mañana, Aurora tocó a mi puerta y, sin esperar a que la dejara pasar, entró y me dijo:

—Oye, Esteban, ¿vas a llevar tu libro de cuentos a Toluca?

Con motivo del bicentenario se habían organizado concursos literarios, exposiciones fotográficas, competencias deportivas, demostraciones culinarias y un montón de tonterías más. Ese día era el último para entregar un libro de cuentos inéditos en el Estado de México. Aurora seguía con la

idea de que yo era escritor o, por lo menos, pretendía serlo, y yo no había tenido tiempo ni ganas para desengañarla. No me atreví a decirle la verdad, así que le dije que sí, que llevaría mi libro y tuve que ir a dejar el suyo.

Me dio un sobre con sus tres juegos de copias y otro con sus datos personales. Tomé el camión y en el camino leí los cuentos de mi rumi; todos me gustaron y sentí un poco de envidia. Cuando pisé suelo toluqueño sólo necesitaba encontrar un café internet.

Aurora y yo nos conocimos en la Facultad de Filosofía y Letras. Un día tuvimos que hacer un trabajo en equipo y todos nos quedamos de ver a las once de la mañana en el metro Chabacano. Yo llegué una hora y media tarde. Por supuesto, ya no había nadie, pero cuando me iba, Aurora me jaló de la mochila. Decidimos caminar hacia el centro y nos metimos en una cafetería.

Mientras platicábamos, descubrimos que siempre llegábamos tarde a cualquier cita, que a ninguno de los dos nos gustaba desayunar y que nuestro primer alimento, generalmente, era un cigarro. Después me contó que sus autores favoritos eran Kafka, Cavafis y Pessoa. Yo pensaba que era muy aburrido hablar de literatura, que era muy temprano para hablar de algo tan serio. Aurora se quedó callada. Temí que estuviera leyendo mi mente. Estuvo jugando con la cuchara y su rostro se nubló. Me dijo que ese día su padre cumplía años de muerto. Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Afortunadamente no se puso a llorar. Me contó que su padre la abandonó cuando ella tenía nueve años; después, cuando ella se acordó de él y lo buscó, él hacía tiempo que había muerto.

Pensé en Aurora y en su padre toda la semana. Una noche hasta me dio insomnio. Me senté frente a la computadora y escribí un cuento. Cuando Aurora lo leyó, me abrazó y me dijo que yo podía ser un buen escritor. Yo me lo creí. Unos meses más tarde, ella se peleó con su madre y me invitó a ser su rumi. Entonces tuve que hablar con mis padres y decirles que necesitaba dinero para independizarme.

Había pasado poco más de dos meses de mi viaje a Toluca cuando una mañana me despertaron los gritos de Aurora: ¡Gané! ¡Gané! ¡Gané!

Sus pisadas se escuchaban por todo el departamento. Yo intentaba ignorarla (eran como las diez de la mañana, muy temprano para levantarme), pero cuando empezó a tocar mi puerta como si fuera un tambor, la curiosidad me ganó y salí a ver qué pasaba. Aurora brincaba de un sillón a otro como una chiquilla.

—¡Cálmate, ¿qué te pasa?, estás como loca!

—¡Gané!

—Ya oí.

—¡El concurso del bicentenario! Mira.

Me llevó a su cuarto y me enseñó una página de Internet donde se publicaban los ganadores. La página decía el pseudónimo y el nombre del libro ganador. Respiré aliviado cuando vi que todavía no publicaban el nombre del autor.

Aurora me dijo que iba a hacer de cenar y que invitaría a todos sus amigos. Toda la mañana estuve meditando cómo decirle la verdad. En la tarde salí a caminar y la angustia me siguió a todos lados. Cuando regresé, me imaginé que el departamento estaría lleno

de gente, pero no (la verdad es que Aurora no es muy sociable), sólo estaba su madre, seis botellas de vino y un recipiente lleno de espagueti a la boloñesa. Su madre me saludó y pensé que mi rumi estaría muy triste por la poca convocatoria que tuvo su reunión; no fue así: cuando salió de la cocina estaba radiante; la felicidad embellece, o al menos eso fue lo que pensé cuando la vi.

La madre de Aurora se fue temprano. Mi rumi y yo nos quedamos solos. Yo sabía que era el mejor momento para decirle la verdad, pero ella estaba tan contenta que preferí posponer esa situación desagradable.

—Yo estaba equivocada, me dieron el premio aunque soy mujer y no tengo palancas ni nada.

—Sí.

—Aunque la verdad lo que me interesa es el varo, no necesito reconocimientos.

—¿En serio? ¿A poco no te importa que te entreguen el premio, que te tomen fotos y que salgas en los periódicos y toda la mamada?

—Quiero el dinero para irme a Alemania, lo demás me vale madres.

En ese momento me sentí más tranquilo, llené nuestras copas y brindamos por su premio. Nos pusimos tan borrachos que terminamos besándonos; yo sentí que besaba a una hermana. Tal vez ella sintió lo mismo porque enseguida se separó de mí y se quedó pensando. Después me dijo:

—Sólo me agrada la idea de recoger el premio porque me voy a imaginar que mi padre está ahí.

Su rostro se nubló como aquella vez en la cafetería. A mí se me ablandó el corazón y preferí decirle la verdad.

No pensé que se pusiera así de histérica. Me dijo que era poco hombre, que en qué estaba pensando, que dónde iba a quedar su prestigio como escritora, que la literatura es cosa seria.

—Pero tú dijiste que te interesaba sólo el dinero; en cuanto me den el premio te lo deposito. Además, eso significa que tenías razón: como mujer no te iban a premiar nunca.

—¡Chinga tu madre!, me gritó. Se metió a su cuarto y azotó la puerta.

Un mes después me dieron el premio en una ceremonia íntima y sencilla. Le deposité su dinero a Aurora. Me costó trabajo hacerlo, porque el premio era en dólares, pero al final cumplí mi palabra.


A veces me hablan por teléfono para pedirme que sea jurado en concursos o dictaminador para alguna editorial. Yo los rechazo porque siempre me citan a horas impropias. A veces me preguntan, con una mezcla de admiración e ilusión, que para cuándo voy a publicar una novela. Yo me siento un poco culpable, porque esos trabajos y esa admiración deberían ser para Aurora. Luego se me olvida y pienso en ella, en cómo le estará yendo en Alemania. Yo cada día la extraño más. Espero que regrese pronto y que me traiga algo de allá. 



Ilustración: Franz Xaver Simm, *Katalog der Münchener Jahresausstellung von Kunstwerken aller Nationen im königl.*, 1890